



## CAPITULO XVII

DÓNDE SE VE SI D. QUIJOTE ERA MÁS DISCRETO QUE UN OBISPO,  
HASTA CUANDO LLEGABA EL INSTANTE DE SER LOCO

Ya de miedo del uno, ya por respeto al otro, el viejo se excusó como pudo y se ratificó en la promesa de no llevar adelante una obra que en ninguna manera había juzgado digna de vituperio. «¿Y cómo no?, dijo el obispo; si no teníais necesidad imprescindible, no era nada católico destruir así, por puro gusto, un efecto tan hermoso de la virtud de nuestra madre tierra. — Tengo para mí, dijo á su vez D. Quijote, que los gentiles eran en muchas ocasiones más piadosos que nosotros: esa veneración por los bosques sagrados, manifiesta un mundo de religiosidad en su alma. El bosque de Delfos, la selva de Dodona, eran templos para ellos. — No alegue vuesa merced la autoridad de los gentiles, volvió á decir el obispo; los patriarcas de la ley antigua rendían honores casi divinos á los árboles. Abraham plantó un ciprés, un cedro y un pino, los cuales por obra del cielo se incorporaron en uno solo; de suerte que ese árbol fué mirado como un prodigio y cosa verdaderamente destinada para la Divinidad; y así, se le cortó para el templo de Salomón. ¿Y qué dice vuesa merced de la famosa encina á cuya sombra ese mismo patriarca de quien acabo de hacer mención armó sus tiendas de campaña? El pueblo se inclinaba ante ella, y hacía romería á los llanos de Mambrea por ver ese testigo de tan

grandes cosas. — Yo he leído, respondió D. Quijote, que los japoneses, con ser bárbaros, respetan á los árboles tanto como á sus dioses. Plántanlos en dondequiera, y asombran con ellos los caminos; de modo que es un placer andar por esas vías frescas y verdes, en medio del sol abrasador de esas regiones. — En algunos pueblos, dijo el obispo, se castiga con rigor á los que destruyen ciertas aves, como en Inglaterra, donde nadie puede matar águila, grulla ni cuervo. ¿Qué maravilla si los japoneses castigan al matador de un árbol? — Si no es permitido matar cuervos en Inglaterra, contestó D. Quijote fervorizándose, no es por respeto á este animal, sino por no herir en uno de ellos al rey Artús, quien anda encantado por su hermana la fada Morgaina, y con el transcurso del tiempo ha de volver á su forma genuina y á reinar sobre los ingleses; pues no fué el ánimo de aquella mágica, cuando le encantó, aniquilar á tan gran príncipe y valeroso caballero, sino librarle acaso de un peligro y hacer que los días corriesen por sobre él hasta cuando conviniera reponerlo en su propio ser y persona. Vuestra señoría sabe que esto se hace sin inconveniente, por cuanto nada puede el tiempo sobre los encantados: mil años transcurren, y no por esto salen con una cana ó una arruga más de cuando obró en ellos el encanto. — El rey Artús, dijo Su Ilustrísima, ¿no es el que instituyó la tan célebre orden de los caballeros de la Tabla Redonda? — No es otro, señor obispo. La famosa Tabla Redonda, á la cual no podían pertenecer sino los caballeros probados que habían muerto quinientos y aún más enemigos y cortado la cabeza á tres ó cuatro gigantes. Esto tiene de particular esa orden, que el caballero que sucede al que acaba de morir ha de ser más valiente que él: de modo que el valor va siempre á más en esa gloriosa cofradía. Lanzarote y Tristán de Leonís, Galerzo y el nunca bien celebrado Galbán fueron más acometedores, mal sufridos, terribles é indomables que los que les habían dejado el lugar, y aun estoy por decir más corteses y enamorados. — En lo de enamorados, replicó el obispo, tengo entendido que así Lanzarote como el Sr. Leonís se propasaron, el uno apasionándose á

la mujer de su rey y compañero, el otro perdiendo el juicio de puro amor. Si ya no atribuimos estas irregularidades á las mañas y los artificios de esas pizperetas de la reina Yseo y Ginebra, y les echamos toda la culpa. — Ginebra y la reina Yseo, señor ilustrísimo, fueron unas muy altas y aguisadas señoras que no usaron ni podían usar de superchería ninguna, filtro, poción amatoria ni amuleto para hacerse querer de esos aventureros; y así sufriré se hable mal de ellas, como que se me eche un gato á las barbas. Vuestra señoría ilustrísima rectifique los términos en que acaba de hacer mención de esas princesas, y sufrague por la paz, ó por Dios Todopoderoso que habremos dado al traste con ella. — No lo permita el cielo, respondió el obispo: si no es más que eso, pongamos *hermosas* en lugar de *pizperetas*, y el Señor sea con nosotros. Yo pensaba solamente que no era muy de caballeros andarse en dares y tomares con la esposa del amigo que está haciendo por la fama en la guerra ó las aventuras. — Guárdeme Dios, replicó el hidalgo, de aprobar ese desvío de Lanzarote: señoras de rumbo no le hubieran faltado: busque su dama entre las que no tenían deberes para con otros, y San Pedro se la bendiga. Pero vuestra señoría sabe que el amor es ciego, y sobre esto, malicioso. Ginebra fué mujer, reina además, y yo, como caballero andante, obligado estoy á volver por ella sin más averiguación. Respecto de Tristán de Leonís, no solamente le disculpo, mas aún le apruebo y aplaudo. Hizo bien de volverse loco. Yo mismo tengo determinado perder el juicio en obsequio de mi dama, y darle así una prueba de la pasión que no le cede un punto á la del dicho Leonís. ¿Qué piensa vuestra señoría que yo admiro más en D. Roldán?, ¿la intrepidez en la batalla?, ¿la serenidad en el peligro?, ¿la fuerza y destreza en el manejo de las armas?, ¿su virtud de no poder ser herido sino por el talón? Si piensa que es algo de esto, se engaña vuestra señoría. Es el haberse vuelto loco de amor, con aquella locura admirable de arrancar encinas, desportillar los cauces de los ríos, quebrantar peñascos, y otras cosas no menos grandes que singulares. — Téngome por

hombre de ruin memoria, tornó á decir el obispo, si vuesa merced no dió ya á mi señora Dulcinea la más relevante prueba de locura amorosa que enamorado loco puede dar, cuando hizo por ella en Sierra Morena, de medio arriba vestido y de medio abajo desnudo, las zapatetas y cabriolas que recomienda Cide Hamete. — Esas cabriolas y zapatetas, replicó D. Quijote, no fueron sino un ensayo, ó más bien el preludio de las grandes y memorables locuras que pienso hacer en honra y beneficio de la sin par Dulcinea; no locuras que duren la bagatela de tres días, como en Sierra Morena, sino de marca mayor y á la larga, hasta cuando ella me mande sosegar y comparecer en su presencia. — Convendría sí, dijo el obispo, que el Sr. D. Quijote abriese un tanto el ojo, no fuese que, mientras él estaba haciendo esas locuras en un apartado monte, la otra estuviera imitando á la reina Ginebra. — Para eso, respondió D. Quijote, fuese menester que antes me convirtieran en cuervo.»

«¡Albricias, que ya podan!, salió diciendo Sancho Panza. Primero me han de convertir á mí en cigüeña que á vuesa merced en cuervo. Bonito es mi Sr. D. Quijote para ave inmunda: pues admiremos en él ese alto vuelo. Dueña que arriba hila, abajo se humilla, señor. Mire no se deje volver eso que dicen, y si no puede rehuir el encanto, hágase convertir en gallipavo; que de hora en hora Dios mejora, y del mal el menos, y el viejo que se cura, cien años dura. Ahora deseo yo saber si me será lícito matar cuervos en lo adelante, ó me debo abstener de esta distracción, á causa del rey Artús. — Si alguno matares, respondió D. Quijote, cometerás quizás un regicidio; y quién sabe si yo mismo podré librarte de la horca. — ¡Plaza, plaza, que el rey llega!, dijo Sancho; la horca allá con los ladrones. Tan rey soy yo en mi casa como el otro en su palacio. Con el hombre de bien, nada tiene que hacer el verdugo, señor. Jurado ha el baño de blanco no hacer negro. — Yo te impongo silencio so pena de azotes, gritó D. Quijote con muy regular enojo, porque Sancho, á puras necedades, había trabucado la conversación de Su Ilustrísima. — ¡Oiga!, dijo el obispo, ¿éste es el renombrado

Sancho Panza, escudero de vuesa merced? ¿Conque éste es el famoso Sancho Panza que gobernó la ínsula Barataria? — Ese mismo, respondió Sancho: ese famoso escudero á quien, por honrarle, mantearon los perailles de Segovia; ese famoso escudero á quien dieron de palos, ó más bien, de estacas los yangüeses; ese famoso escudero que anda muerto de hambre por encrucijadas y malezas; ese famosísimo escudero que tiene que darse tres mil y trescientos azotes por desencantar á una cierta señora Pirinea.....»

Suspenso estaba D. Quijote oyendo las ironías de Sancho, y después de un instante de sorpresa, dijo: «El que siempre anda poniendo por delante la parte mala de la vida y ocultando la buena, mucho se parece al ingrato, amigo Panza. Bienes y males, venturas y desventuras, placeres y sinsabores, de todo se compone el mundo; y lo puesto en razón es no lamentarse uno demasiado de la adversa, ni engreirse con exceso de la buena fortuna. ¿Hambre tienes en los castillos donde soy recibido? ¿Te mantean las princesas mis amigas? ¿Te dan de palos las reinas y señoras que se valen de mi espada para sus desagrazos? Acuérdate de los trabajos, pero de buena gana olvidas los triunfos que vienes alcanzando en junta mía. ¿Hasme oído una queja?, ¿has visto una lágrima en mis ojos en cuanto ha que me conoces? — En Dios y en conciencia no lo pudiera yo afirmar, respondió Sancho, salvo esas como garbanzos que dijo vuesa merced le manaban cuando el frailecito que nos vino con las pajarotas del puente de Mantible. Quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda; si en lo sucesivo me coge un jay!, diga vuesa merced que no soy bueno para la caballería. La sangre se hereda y el vicio se pega: en mi abolengo debió de haber algunos Panzas cojijosos, los cuales me han pasado sus lloriqueos con la sangre. Si los vicios se pegan, se han de pegar asimismo las virtudes; y si hay en mí alguna viscosidad, en Dios confío que se me han de pegar las de mi Sr. D. Quijote. — Eso no será tan fácil, Sancho amigo, dijo el prelado; los vicios suelen ser húmedos, pegadizos; las virtudes son secas por

la mayor parte, y no tienen la fuerza de propagarse entre los hombres. Hay con todo en el corazón bien formado una pingüosidad fecunda que hace fructificar generosamente cuanta buena semilla se echa en él; y como el vuestro no es de los estériles, no será imposible os dejéis influir por las cualidades de vuestro amo y señor D. Quijote.» Gustó por extremo la delicadeza del obispo así al amo como al criado; y el uno con sumisas demostraciones de respeto, el otro con señoriles ademanes, le ayudaron á subir al coche y se despidieron como entre buenos se acostumbra. No omitió D. Quijote el ofrecer su espada á Su Ilustrísima, ni éste el corresponderle con algunas bendiciones cuando las mulas arrancaban.



## CAPITULO XVIII

DE LA GRANDE AVENTURA DEL GLOBO ENCANTADO  
EN QUE VENÍA LA MÁGICA ZIRFEA

Siguió su camino D. Quijote, y ahora fué él quien habló primero diciendo: «Tienes del sexo frágil, Sancho, que no pierdes ocasión de soltar el trapo: ¿por qué metes tu cuchara en conferencias á que yo vengo con obispos y arzobispos? Donde habla el amo, calla el criado, Sancho incorregible; ó por mejor decir, donde el gallo canta..... Ya me entiendes. — Si el escudero ha de ser mudo, respondió Sancho, ¿por qué en el acto de armarse los caballeros no le cortan ó le pican la lengua? Así vuestas mercedes no se anduvieran dando de las astas con sus criados sobre si dicen esto y dicen lo otro. — Ya te veo, besugo, replicó D. Quijote: si te cosieran los labios, hablaras por los ojos. Pues no se dirá que D. Quijote de la Mancha dejó morir á su escudero por falta de paciencia para oírle. — Lo que dirían sería que lo asesinó, repuso Sancho: matar á uno atajándole el resuello, hendiéndole la mollera, ó privándole del uso de la palabra, todo va á dar allá. Ahora digo á vuesa merced en verdad que desde chiquito he hablado, y que habrán de quitarme la vida para imponerme un silencio absoluto. — Sancho dichoso, dijo D. Quijote, para ti el hablar es tan necesario como el respirar: ¡si te conozco!: permanecieras dos días en ayunas; una hora en silencio, no. Habla cuanto se te antoje, pero ten cuidado de to-

marle el pulso á mi humor, que no siempre le podrás hallar como hoy, dispuesto á llevarte el genio.» Hubiera seguido adelante D. Quijote sus razones; pero una aventura que prometía ser de mucho tomo le incitaba á un mismo tiempo por otro lado, y así se apercibió para ella, resuelto á acometerla con mano armada. «En ese globo que llega rozando el suelo viene una encantadora, Sancho, dijo: de este modo viaja Urganda la desconocida; de este modo corre el mundo la mágica Zirfea. — Téngase vuesa merced y mire lo que hace, respondió Sancho, que todavía me está cimbreando el cuerpo de los palos de ahora ha poco. — Mucho miedo y poca vergüenza, dijo D. Quijote. Encantador ó encantadora, brujo ó bruja, incubo, ó súcubo, aquí he de ver lo que me quiere; y aunque sea el diablo en persona, se ha de volver rabo entre piernas.»

Era el caso que por el camino adelante venía una recua de mulas envuelta en una manga de polvo, trayendo al cuello la capitana un esquilon que resonaba en la obscuridad. «¿Quién viene aquí?, preguntó D. Quijote en voz arrogante: ¿es gente de la común y pasadera, ó de aquella cuya corrección y castigo incumbe á los caballeros andantes? — Dinero del rey, contestó uno de los guardas que allí venían. Hágase á un lado, hermano, y deje pasar la recua. — ¿De dónde traéis ese dinero? ¿Adónde lo lleváis, cuánto es y á qué se lo destina? — Remesa de Indias, volvió á contestar el guarda, llegada á Sevilla por la última flota. Nos lo han entregado á bulto, las talegas vienen selladas, y no sabemos cuánto sea. En orden al uso que Su Majestad dé á esta bicoca, lo sabe el diablo. — Hablad del rey con humildad y respeto en presencia de un caballero andante, dijo D. Quijote, ú os hago ver en este punto quién es D. Quijote de la Mancha. — Ahora viene este vestiglo, tornó á decir el guarda, á levantarme la especie de que murmuro de Su Majestad, y aún se propone castigarme de mano poderosa. Váyase el espantajo noramala, antes que yo pase con mis mulas sobre él y le deje proveído para cuatro meses de cama. — ¡Para doce os proveeré yo, bellaco!,» gritó D. Quijote, y arremetió de manera que si el

agredido no se hace á un lado muy á prisa y hurta el cuerpo, su grosería le diera mucho de que se arrepintiese. Errado el golpe, quiso D. Quijote venir á tierra por el arzón delantero de la silla, y en cuerpo indefenso le dió el guarda media docena de palos tales, que los yangüeses no se alabaran de habérselos dado mejores. Dejóle por no matarle, muy asido el pobre caballero con la cerviz de Rocinante, mientras Sancho llevaba de otras manos, y no menos hábiles para esas gracias. Siguiéron los arrieros su camino, sin dárselos una chita de la mala obra que acababan de hacer: si del todo morían aquellos desventurados, ¿qué había sino decir que les quitaron la vida en defensa de las acémilas del rey? D. Quijote se enderezó como pudo sobre su caballo, y dijo en voz quebrantada y dolorida: «Tenga yo aquí el bálsamo que tú sabes, y estos huesos rompidos, Sancho, y estas heridas de que estoy acribillado no me dieran afincamiento. Dígote que de hoy para adelante, primero nos ha de faltar el pan en las alforjas que el bálsamo de Fierabrás. Con sólo haber hecho mención de él, me siento mejor; y si alcanzara á olfatearlo, siquiera á frasco cerrado, yo me diera por sano. — Repita vuesa merced esa palabra, y aquí echo el alma por la boca, respondió Sancho. — Será porque tú no has llevado lo que yo, volví á decir el caballero: en sintiéndote molido, harto desearas el específico que ahora finges aborrecer. — ¿Qué ha llevado vuesa merced?, preguntó Sancho; ó yo sé poco, ó los míos fueron palos. — A mí me tocó una cosa parecida, respondió D. Quijote. El mal estuvo en que á los primeros me invalidaron el brazo de la espada; de otro modo yo les diera á entender á esos malandrines quién es este á quien el mundo llama D. Quijote. Ahora vengo á discurrir, hermano Sancho, que el héroe de esta hazaña, que para nosotros ha sido una desgracia, es Fristán. Entre ese encantador y yo hubo siempre alongamiento de voluntad; mas ya providenciaremos lo necesario, y él verá si se le vuelve la albarda á la barriga. Vente conmigo, Sancho, y por la fe de caballero juro que antes de un día habré reparado con una hazaña de las más el mal que nos ha cabido en esta aventura.»

Se arrellanó Sancho en su rucio, y cuando iban caminando dijo: «¿Vuesa merced es perito en esto que llaman pecados, Sr. D. Quijote? — ¿En el cometerlos?, respondió el caballero, pecador soy yo á Dios; ¿á qué viene esa pregunta, Sancho indiscreto? — Digo, señor, si vuesa merced sabe á ciencia cierta cuáles acciones tienen ese nombre, y cuándo incurre uno en ellos, y esto para que yo salga de un esprucu que me está carcomiendo las entrañas del alma. — Apuesto cualquier cosa, replicó don Quijote, á que quisiste decir escrúpulo. En este caso, puedes acallar la conciencia, cierto de que yo te lo quito de las entrañas del alma, y aun de más adentro, si la tuya se compone de muchos departamentos. Mas si ese esprucu es algún insecto, áspid, culebra ú otro ente maléfico que se te ha adherido al alma, no me será dable sacarte de tu cuita. — ¿No llaman esprucu, volvió Sancho á decir, esa incomodidad del espíritu que uno experimenta cuando no acierta á saber si ha obrado bien ó mal? — Eso es escrúpulo, respondió D. Quijote; y pues tan bien lo explicas, di luego el que ahora te roe el pecho. — Es el caso, señor, que cuando vuesa merced arremetió con el guarda, yo le tuve por muerto á esa buena pieza y pensé que el propio camino llevarían los demás; y así, juzgando lícito hacer mío el botín de guerra, resolví apoderarme del dinero de Su Majestad. ¿Es ó no esto un principio de robo? — Cuando pensabas tomar el dinero del rey, contestó D. Quijote, ¿era como quien iba á robar ó como quien resolvía apropiarse de una cosa ganada en buena guerra? — Vuesa merced, replicó Sancho, tenga presente que yo jamás hago nada como quien roba: si acometo á las acémilas, hubiera sido á lo cristiano, sin mala intención ni daño de tercero. — Todavía es verdad que no obraste como bueno, dijo D. Quijote: acudir al botín es cosa posterior y secundaria; y tú principias por echarte sobre él, dejando en pie al enemigo. Vis-te, por otra parte, que la batalla no se hizo sobre aquella remesa de Indias, la que, siendo del rey, era dos veces sagrada, sino sobre si el bellacón del guarda se había de ir ó no sin su merecido! Mas te arrepientes de tu mal pensamiento, y yo te doy

por absuelto de la pena. Pon en la memoria, Sancho, que el fin de las aventuras no es el hacernos de riquezas: podemos ganar un reino matando á su dueño en la batalla; pero no es del caballero andante pelear sobre simples bienes de fortuna. Más noble es mi profesión, buen Sancho, y más generosos y respetables estos que nos llamamos andantes. A esta ley te has de atener en lo sucesivo, sin que te sea prohibido hacer tuyos los despojos de los soberbios á quienes yo fuere derribando: regla que puedes poner en planta ahora mismo con esos que allí vienen.»



## CAPITULO XIX

DONDE SE DA CUENTA DE COSAS QUE SÓLO PARA SANCHO PANZA  
CONCLUYERON COMO AVENTURA

«Suponga vuesa merced, dijo Sancho, que no son sino unos buenos religiosos de San Francisco, y dígame por dónde les embiste que no quede excomulgado. O tengo pataratas en los ojos, ó los gigantes que aquí llegan no son sino los frailecitos que he dicho. — Pataratas tienes en el alma y la lengua, respondió D. Quijote; y pluguiese al cielo que tuvieras cataratas en los ojos, para que no vieses las cosas al revés. Lo que es ahora estás en lo justo, Sancho; pues ó sé poco de frailes, ó éstos son en efecto unos de San Francisco.» Quiso la suerte de los viandantes que el caballero los tomase por lo que eran en verdad, y éstos no corrieron la de los monjes benitos con quienes nuestro hidalgo hizo lo que cuentan las historias. Eran los que venían tres sacerdotes de reposado y grave aspecto, uno de los cuales traía por delante una barriga veneranda asentada en el arzón, al abrigo de un sombrero bajo cuya ala pudiera sestear holgadamente el mejor rebaño de la Mesta. La cara abultada y sanguínea, los ojos comidos, las cejas blancas, los labios morados, el cuello corto, los hombros anchos, las piernas diminutas. «Si vuestas paternidades no lo hubieran á enojo, dijo D. Quijote después de saludarles, deseara yo saber ¿adónde van y cuál es la causa de haber dejado las ollas de Egipto por el pol-